

CAJA NEGRA

Erick Benites

CAJA NEGRA

Caja negra

Primera edición, Lima, 2008.

© 2008, Erick Benites Rentería
2008, Editora Mesa Redonda E.I.R.L.
Loma Verde 112, Lima 33, Perú.
Telf. (511) 255 7150 / 445 3693 / 274 2276
editoramesaredonda@gmail.com
editoramesaredonda.blogspot.com

Dirección editorial: Juan Miguel Marthans B.

ISBN: 978-603-45140-5-8
Hecho el Depósito Legal
en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2008-05002

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión o digital en forma idéntica, extractada o modificada, en castellano o en cualquier otro idioma, sin autorización expresa de la casa editora.

Impreso en AB Impresiones — Perú

*Quiero decir que la vida no consiste en lo que ganas,
sino en lo que desaparece,
y eso es algo que al principio no puedes imaginarte.*

No solo el fuego

Benjamín Prado

Una pistola en mi bolsillo

La última vez que vi al abuelo, comía por el brazo. Eso dijo mi madre. No tenía ganas de hablar, de decirle a un niño por qué alguien usaba una manguera para comer. Mi padre la llevó a su habitación con un vaso de agua y una pastilla que la hizo dormir el resto de la mañana. La empleada me ayudó con el uniforme, me sirvió el desayuno y camino al colegio le pregunté si al abuelo le pasaría la fiebre.

—No tiene fiebre. Está grave —respondió seriamente, sin mirarme.

—¿Cómo que grave? ¿Ya no voy a salir con él?

Estaba decepcionado. Siempre me compraba carros o muñecos cuando lo acompañaba a cortarse el pelo, a comprar libros al Centro o al kiosco de periódicos y cada vez que miraba los encabezados repetía entre dientes: «En este país solo triunfan los sinvergüenzas; el resto se va a la mierda».

Regresé del colegio y había mucha gente en casa. Tíos y tías y personas a quienes les decía tío y tía aunque no lo fueran, diciendo que se veía tan fuerte. Mi abuelo ya no estaba en su cama, solo la manguera colgando de la botella del suero. Faltaba el paciente para completar la trinidad de cualquier enfermedad respetable. Mi padre me explicó que el abuelo siempre iba a estar con nosotros. «¿Pero dónde está ahora?» Me contestó que en el Cielo.

Subí a mi habitación con la empleada. Construimos fortalezas con Play-go; ella las construía de mala gana. Yo solamente esperaba con mi robot Mazinger Z el momento preciso para destruirla mientras la tristeza se hacía camino hasta mis ojos; no sabía si llorar o no. Ver las fortalezas que iba a destruir me hizo pensar en el hecho de que si mi robot haría pedazos las instalaciones con sus puños o las haría volar con sus dardos-bombas, sin dejar un soldado vivo. Pero ni los ruidos de las piezas derrumbándose podían silenciar el llanto de mis tías y mi madre.

Me aburrí de jugar y bajé a la sala. Estaba desierta. Eran las seis. Solía mirar con el abuelo *Historia del crimen* a esa hora y siempre llevaba la pistola negra que me compró en una de nuestras salidas. La ponía en el bolsillo de mi pantalón porque Michael Torello llevaba su arma de igual forma cuando perseguía a Ray Luca. Nunca entendí lo que pasaba en el programa, siempre estaba molestando al abuelo para que me explique. Lo único que me quedó claro fue que Torello, el buen policía de los sesentas, perseguía a Luca, el mafioso con peinado a lo Elvis.

Prendí el televisor y lo puse en el canal nueve. *Historia del crimen* perdía la magia sin el abuelo, así que apagué el aparato a los cinco minutos. El aburrimiento y la soledad te hacen pensar más de lo que debes, te hacen ver manchas, que ni siquiera están en el techo, tomando formas de animales. Decidí buscar al abuelo sabiendo que no regresaría y lo que mi

padre dijo acerca de que estaba con nosotros tenía algo que ver con su alma. Sin embargo, decidí buscar a alguien que nunca encontraría.

La sala fue el comienzo de mi aventura, siempre sosteniendo mi pistola con ambas manos para que no me sorprendiera Ray Luca si se topaba en mi camino. Revisé detrás de los sillones, detrás de la consola, detrás de la vitrina y solo encontré un chicle masticado y seco. En la sala no había pasado nada interesante, ni siquiera había pistas que seguir. Empujé la puerta de la cocina y su vaivén casi me bota. Después del altercado, entré y el silencio era interrumpido por las gotas de agua que caían sobre las tazas sin lavar. Salí de la cocina en un santiamén con dirección al jardín, pero antes de que mi cuerpo pasara por el marco de la puerta, salió mi arma apuntando a todas partes. Zona despejada. Me quedé sentado un rato en el césped tratando de marcar mi estrategia.

La puerta de mi habitación estaba cerrada, la abrí con sigilo. Ahí estaba Mazinger Z con los brazos levantados, listo para tirarme un puño de fuego. Le disparé primero un dardo y como no lo tumbó, le metí una patada en el pecho. Traté de hacerle algunas preguntas y no contestaba. Jugaba a hacerse el difícil. Logré quebrarlo y me dijo qué camino debía seguir. Después escuché su voz diciéndome que nunca iba a encontrarlo. Únicamente lo dejé vivir por la información que me había dado. Cuando salí del cuarto sorprendí a Carmen en el baño envolviendo su cepillo y su peine dentro de una toalla.

—¿Qué haces? —le pregunté.

—Me voy cuando vengan tus papás. No quiero estar en esta casa.

Su rostro se puso colorado y me recordó la vez que el abuelo salía de su cuarto y ella estaba sentada en su cama con el rostro igual de rojo. Él se dio cuenta de que lo vi saliendo de la habitación de la empleada. No me miró. Me jaló del brazo y dijo con una voz de ultratumba que lo acompañara. Me compró un muñeco de He-Man con una espada que levantaba hasta donde sus brazos llegaban y decía un conjuro que lo ponía más musculoso y más rubio para poder luchar contra los malos. Nadie lo reconocía ni a su tigre tampoco que usaba antifaz para esconderse.

La búsqueda siguió su curso.

Entré al cuarto donde guardamos en bolsas y cajas adornos navideños y otras cosas. Era un depósito y casi siempre estaba oscuro. La última luz de la tarde caía sobre una bolsa negra que estaba tirada delante de una caja. Parecía una de las bolsas donde los policías de la tele y de las portadas de los libros que compraba el abuelo guardaban a los muertos. Me acerqué con cautela y la pateé para ver si algo se movía. Nada se movió y la destruí. Al parecer no era algo de mi incumbencia, solo me retrasaba. Ray Luca le había tendido otra trampa a Michael Torello: el cuerpo de otro inocente.

En la habitación de mis padres busqué debajo de la cama y no encontré pistas ni nada que me ayudara a resolver la desaparición. Me paré frente al espejo y comencé a ver mis

rodillas, a fijarme si mi pantalón estaba sucio. En esa época tenía la voz de mi madre clavada en el cerebro, diciéndome una y mil veces más que estaba prohibido de entrar al depósito.

Caminé pegado a las paredes con la pistola en mi bolsillo. No había necesidad de estar alerta. Mis esperanzas de encontrarlo se desvanecían. El juego que no iba a terminar estaba llegando a su fin. Entré al último sitio que quedaba, el rincón más sospechoso de todos: el cuarto del abuelo. Revisé cajones, encontré fotos de niños que no conocía. Mi padre me explicó mucho después que esos niños de las fotos también eran mis tíos; eran hermanos de mi madre, pero ella recién los conoció después de la muerte del abuelo. En otro lado del armario encontré un cajón lleno de calzoncillos del mismo color. En la casa le decían que solo tenía uno y él subía a su cuarto y bajaba con las manos llenas de calzoncillos para que lo dejaran de joder. La habitación no me daba pistas. Me pareció escuchar unos pasos por el corredor. Me distraje con los retratos de encima de la cómoda: el abuelo y la abuela, el abuelo y sus hijos, el abuelo uniformado y rapado. Cuando saqué una foto del portarretratos para llevármela, creí sentir su voz saliendo del cuarto de Carmen y sujeté mi pistola con fuerza.